

Antropología

Roberto E. Mercadillo Caballero

Ahmed Mulay Ali

(Coordinadores)

**El otro
en la arena**
**20 miradas y un parpadeo
al Sahara Occidental**



Mirada 20

Cultura de guerra y cultura de paz en los campamentos saharauis: una reflexión neuroetnográfica

Roberto Emmanuele Mercadillo Caballero

Introducción dialéctica: cultura de guerra y cultura paz

El 17 de noviembre de 2011 visité la casa de Mahmud Jatsi Mohamed, en Smara, una de las seis wilayas o campamentos instalados en la hamada, la región más agreste y seca del desierto. Cada wilaya emula una de las principales ciudades del Sahara Occidental, ahora ocupadas tras el conflicto con Marruecos. Era viernes, día del descanso musulmán. Mana, de cuatro años, hija menor de Mahmud y de Habba, vestida de rosa y peinada a dos trenzas, jugaba a lanzar bus-

capiés en la arena con su hermana Laila y con su primo Lehbib. Los buscapiés se interrumpieron para ir a dar de comer a las cabras, llenar sus platos con desperdicios de la comida de la casa. Sus seis cabras estaban dentro de frágiles y pequeños corrales hechos con láminas oxidadas. Forman parte del antiguo estilo de vida nómada, en el que la carne de cabra se come en los bautizos y la leche se ofrece a los invitados y se usa para nutrir a las mujeres embarazadas y a los niños pequeños. Parecen improvisados, pero los corrales instalados en las afueras de las wilayas expresan un sedentarismo moderno que acompañó la creación de fronteras tras la repartición europea de África en la Conferencia de Berlín, en 1885. Pretendió dividir el desierto ignorando el continuo intercambio de familias, lenguas y culturas. Una división geográfica y política muy diferente a la realizada en el siglo III, cuando las tribus trashumantes abandonaron el sedentarismo e introdujeron el camello, creando una relación simbiótica humano-animal que caracteriza la supervivencia en el árido y gran desierto sahariano (Frey, 2006).



Anciana cuida su corral de cabras a las afueras de la wilaya de Smara.

Al atardecer nos preparamos para beber el té. Todos juntos, sentados alrededor de la mesa sobre la alfombra azul de la sala. Laila enseñaba a Fernanda, mi compañera de viaje, cómo debía vestirse con la melfa morada que la familia le acababa de obsequiar. Puso música saharauí, sonidos de cuerdas agudas y percusiones rápidas con las que Laila bailaba dando vueltas suaves y moviendo sus manos arriba y abajo. Su melfa era color naranja con recuadros rojos. La pequeña Mana también se enredó en una melfa para hacer segunda a su hermana mientras reíamos con sus movimientos toscos pero insistentes. Cayó la noche. Fernanda y yo dormimos en la sala, acompañados por la familia, a la usanza cortés saharauí. A la mañana siguiente pan, mantequilla, queso, mermelada y café, un desayuno sencillo que antecedió la partida de Habba a la escuela de la wilaya, donde trabaja como profesora.



Mahmud y su familia. A la izquierda, Laila baila con su melfa. Arriba, Fernanda aprende a preparar el té. Abajo, Mahmud y Habba abrazan a Mana (a la derecha) y a su sobrina.

Al mediodía, mientras contemplaba la arena de Smara, en mi mente se situó la dialéctica entre la cultura de guerra y la cultura de paz que dos meses antes discutí con David Adams en el XXXIII Coloquio Internacional sobre Cerebro y Agresión, en Roma (Pagani & Ramírez, 2011). Los campamentos saharauis son manifestación de una cultura de guerra y violencia tan antigua, que engañosamente nos hace creer que es parte de nuestra naturaleza, que los humanos somos violentos por nacimiento y que la guerra y el dominio son una fatalidad biológica. A la vez, manifiestan una cultura de paz tan naciente, tan escasa, que difícilmente creemos posible. Una tabla del libro de David (Adams, 2009) se formó en mi memoria para contrastar las premisas de ambas culturas:

Tabla 1.

Cultura de guerra y violencia	Cultura de paz y no violencia
Creencia de que el poder se basa en la fuerza	Educación para una cultura de paz
Tener un enemigo	Tolerancia, solidaridad y entendimiento internacional
Gobierno autoritario	Democracia participativa
Secrecía y propagandismo	Libre flujo de información
Explotación de la gente	Derechos Humanos
Explotación del ambiente	Desarrollo sostenible
Dominación masculina	Igualdad entre mujeres y hombres

Esta tabla puede ser útil para ilustrar la dialéctica entre la violencia y la paz pero, como dice David, sus conceptos son tan profundos y las contradicciones entre ellos son tan complejas, tan omnipresentes en nuestras vidas y en nuestras culturas, que tendrían que escribirse muchos y pesados libros para comprenderlos.

Me pregunté qué hace un neurobiólogo para comprender las culturas de guerra y de paz en el gran desierto. Recordé los buscapiés, las cabras, la música y el té del día anterior. Veía las *jaimas* y las casas

de adobe en Smara haciendo juego con los desechos de misiles que hacen las veces de botes de basura y ceniceros. Las representaciones de la guerra y de la paz surgieron en mi mente, dentro de mí, de igual forma en que surgen en los lectores de estas páginas, en los saharauis que viven en los campamentos, en los marroquíes que se tornan sus enemigos y en los funcionarios de las Naciones Unidas que discuten el conflicto del Sahara Occidental desde Estados Unidos o desde Europa. Sin embargo, aunque las premisas surgen dentro de uno mismo, sus manifestaciones se observan al exterior, en la arena, en los restos de las minas de racimo que ya explotaron, dejando heridos, en las *jaimas* instaladas hace 36 años en espera de una solución al conflicto, en los bailes, en la música, en la sonrisa de Mana mientras se enredaba en su melfa y en el té que se comparte. La cultura de guerra y la cultura de paz son una realidad que se construye dentro y fuera de nuestro cerebro, como una identidad con la cual nuestra mente reconoce y acepta un *status* cultural heredado hace miles de años, pero no fijo, no determinante.

A lo largo de los contrastes térmicos del desierto del Sahara Occidental hay xerófilas adaptadas a la sequedad, arbustos y matorrales de grandes raíces, bayas y frutas: azag, achacan, anafis y terfas. En algunas regiones la agricultura ha sido posible debido al clima suavizado por su cercanía al mar en la costa atlántica. Aunque insuficiente, la agricultura se complementa con la pesca y con el comercio y la cría de cabras y ovejas (Padrón, 1990). Pero aquí, en los campamentos saharauis situados en la hamada, no hay nada de eso. Hay *jaimas* y personas que se aprecian desde arriba del montículo de arena en que un día Laila canto el Himno Nacional en hassania, la lengua de los saharauis. Mientras escuchaba a Laila, recordé las palabras que Sadek Abdelaal, mi colega egipcio en Roma, cuando supo que vendría a los campamentos, me dijo: “Si vas al Sahara, intenta ver desde otros ojos, desde sus ojos, no desde los tuyos occidentales.”

Lo que viene a continuación es un intento por ver con los propios y con otros ojos. Son mis reflexiones sobre las culturas de guerra y de paz surgidas desde la neurociencia social, una disciplina reciente que aspira a comprender la forma en que nuestras sociedades moldean la función de nuestro cerebro y la manera en que esta función crea

nuestra dinámica social. Estas reflexiones son también un intento por comprender las premisas de las culturas de guerra y de paz en el Sahara Occidental, a partir de entrevistas y observaciones etnográficas que realicé en los campamentos de refugiados saharauis en Tinduf, Argelia, en el invierno de 2011.

El poder de la fuerza / La intención de la paz

A las orillas de Rabuni, el centro administrativo de los campamentos, se encuentra el Museo Nacional de la Resistencia. Resguarda la memoria de los habitantes del desierto, de los saharauis, gentilicio establecido por los españoles y popularizado en la década de 1960 (García, 2010). La memoria que resguarda es muy puntual, es la memoria de su conflicto. El museo, como artificio, contiene los recuerdos de la invasión, del enemigo, del coraje de los saharauis y de sus actitudes guerreras, de su valor, de su dolor y de sus victorias. Ahí se aprecia y se conoce a Mohamed Sid Ibrahim Bassiri, fundador de movimiento de liberación saharauí, a Uali Mustafa Said, líder del Frente Polisario para la resistencia, y a Mohamed Abdelaziz, presidente actual de la República Árabe Saharaui Democrática. Las huellas mnémicas del museo son las fotografías de sus héroes y líderes llegados al poder por victorias militares, mediante la movilización del pueblo y la unificación de las etnias del desierto. Tal como en el pasado remoto y en el presente de las civilizaciones humanas, la glorificación militar es la clave del poder y de la resistencia. El museo resguarda la guerra, una guerra en matrimonio con el desierto, porque es una guerra que se alía con el clima, con la velocidad y con la invisibilidad del viento y la arena.

En el museo se exponen prototipos de las aproximadamente nueve millones de minas de guerra enterradas bajo el suelo del Sahara Occidental. Cada prototipo se acompaña de la bandera del país de fabricación: Israel, Italia, Bélgica, Estados Unidos, España y Portugal. Junto a las minas se observa una miniatura del Muro de la Vergüenza, la gran pared de dos mil 400 km construida por el gobierno Marroquí entre 1980 y 1987 para dividir los territorios hasta entonces liberados

Mirada 20. Cultura de guerra y cultura de paz en los campamentos saharauis...

por el Frente Polisario. En el patio del museo están los cañones, los tanques y las bazucas utilizadas en el conflicto bélico, los restos de aviones caídos y los clásicos jeeps que ahora muchos utilizan para deambular las metrópolis occidentales en concordancia con la moda. Para el observador extranjero, el armamento y las fotografías son parte de una historia de resistencia. Para los saharauis, son su configuración guerrera y su esperanza de pisar un territorio que las nuevas generaciones, nacidas en los campamentos, no conocen ni con sus propios ojos, ni con sus pies, sino con su memoria artificial.



Museo de la Resistencia. Arriba, tanques resguardados en el patio del museo. En medio, fotografías que exponen los inicios de la liberación saharauí. Abajo, mural que representa los tres líderes históricos saharauis: Mohamed Abdelaziz, Uali Mustafa Said y Mohamed Sid Ibrahim Bassiri.

El museo es paradójico. La guerra y la paz convergen. Uno de los cañones del patio indica: Hecho en Sevilla, en 1986. En ese mismo año y misma ciudad, 19 científicos del mundo firmaban el Manifiesto de Sevilla sobre la Violencia, adoptado por las Naciones Unidas para exponer que el ser humano no está biológicamente determinado a la violencia y a la guerra. Por un lado, en el museo se infiere la indiferencia de la comunidad internacional al conflicto del Sahara Occidental. Al mismo tiempo, las banderas extranjeras no sólo representan a los fabricantes de las minas, sino a los más de 80 países que reconocen políticamente a la República Árabe Saharaui Democrática. Entre las banderas está la de México, desde 1979.

El golpe de la puerta de metal y el eco al salir del museo me hizo pensar en el duro y estrepitoso pasado que se escucha en la espalda, cuando, al mismo tiempo, los ojos se sitúan en el presente, frente al vasto desierto. El futuro aún no existe; sin embargo, sus símbolos se resguardan en las paredes del museo.

Los dilemas de la guerra y de la paz, del uso de la fuerza o de la vía pacífica para resolver un conflicto, se hacen tangibles en el discurso saharauí. En este tema, Malainin Mohamed Lakhel, Secretario General de la Unión de Periodistas y Escritores Saharauis dice que:

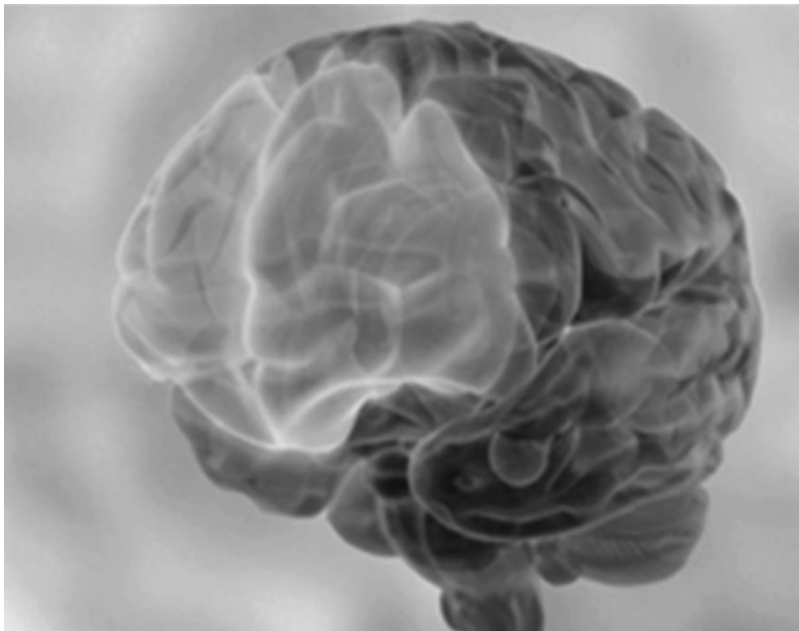
“Si creemos que a veces debes pelear. No por nuestra propia decisión. Cuando eres atacado por soldados, tienes que hacerlos retirar. Pero si tienes la decisión, el mejor camino para luchar es siempre el pacífico. Es muy difícil, es muy largo, a veces aburrido y también, a veces, no tienes idea de la invasión, de la agresión ni de la opinión pública. Pero atacar el espíritu... la conciencia humana, es un arma muy fuerte.”

La paz ya no puede entenderse sólo como la ausencia de guerra, como se ha mostrado en la historia de la diplomacia desde la Paz de Westfalia en el siglo XVII hasta la creación de las Naciones Unidas en el siglo XX (Bremer, 2012). La paz debe acompañarse de un cambio consciente y actitudinal.

Es cierto que nuestro cerebro está dispuesto a responder a la agresión, a huir o a atacar cuando nos percibimos amenazados. Nuestras

percepciones visuales se codifican moralmente en la corteza orbitofrontal, la región de más reciente aparición filogenética en nuestro cerebro. Es ahí donde lo que vemos se considera como una amenaza que requiere ser atacada. Una vez que valoramos la amenaza, la corteza orbitofrontal proyecta su información hacia la amígdala, un pequeño conjunto de núcleos neuronales localizado en el centro del cerebro que permite hacer una valoración emocional de la situación, es decir, nos puede colocar en un estado de estrés, de ira y de reacción para atacar o para huir. La amígdala, a su vez, proyecta su información a los ganglios basales, cuya función permite preparar nuestros movimientos para el ataque (Nelson & Trainor, 2007). Sí, es cierto que estas señales neuronales nos preparan para la agresión.

Figura 1. Corteza orbitofrontal del cerebro humano. Esta región, de reciente aparición filogenética, regula nuestro aprendizaje de conceptos morales y la toma de decisiones frente a los conflictos. Su intercomunicación con diversas regiones cerebrales permite inhibir la agresión y tomar decisiones con base en nuestra experiencia emocional, memoria, empatía y los expectativas futuros.



Pero también es cierto que las valoraciones iniciales que se realizan en la corteza orbitofrontal pueden variar en función de los valores que aprendemos culturalmente. Es decir, la corteza orbitofrontal puede activar los mecanismos cerebrales de la agresión cuando la situación se considera una amenaza, por ejemplo, cuando consideramos a otro como un enemigo o como alguien que nos hace daño. Pero esta corteza del cerebro también puede inhibir la agresión si la situación se califica de otra forma, por ejemplo, si nuestra moralidad incluye la tolerancia o el respeto. Es esta valoración moral a la que Malainin se refiere cuando dice que atacar la conciencia humana es el arma más fuerte, porque implica atacar lo más profundo de nuestra concepción del otro, esto es, la forma en que lo percibimos y lo valoramos.

Aun bajo la historia bélica que acompaña la situación saharauí, se observan acciones e intenciones congruentes con el planteamiento de una cultura de paz. El coordinador de la Media Luna Roja, Bohobeini Yahia, lo plantea bien al decir que:

“Para buscar nuestro lugar en este mundo... nuestro estado independiente, no hay nada mejor que tener un país... ejemplo de derechos humanos, de democracia, de participación en la vida política y en la economía.”

En este sentido, es remarcable el compromiso que el Sahara Occidental adoptó en 1988 cuando acordó con Marruecos negociar y acceder a una resolución pacífica del conflicto. Este compromiso no sólo ha implicado el paro al fuego, sino la espera del derecho internacional, la legalidad y el desarrollo de actitudes congruentes con los derechos humanos, la democracia participativa y la apertura inter-cultural.

Mi estancia en los campamentos coincidió con los preparativos para el XIII Congreso Polisario, cuyo objetivo era decidir las acciones que los saharauis tomarían en su plan nacional durante los siguientes cuatro años. La función de la corteza orbitofrontal de nuestro cerebro implica la planeación y las estrategias para adoptar diferentes formas de resolución de conflictos. En este caso, las estra-

teguas y la planeación se basan en un acuerdo establecido hace más de 30 años. Mohamed Tuhami, presidente de la Comisión de Política e Información para este congreso evidencia la estrategia saharauí al decir que:

“Hemos elegido la vía pacífica y esto conlleva mucha inteligencia y mucha paciencia para no caer en las provocaciones del enemigo... todas las vías están abiertas, desde volver a la lucha armada... creemos que es la única vía con la que nos escuchan, pero podemos escoger otra vía. Estamos hablando de una época en donde revolucionario no es un perfume que se vende, pero ahí está la revolución, de otra manera... una resistencia pacífica.”

En efecto, el cambio de estrategias dirigidas por la función de nuestra corteza orbitofrontal implica, como propone Immanuel Wallerstein (2003), un concepto de revolución que se refiere a cambios y rupturas que marquen la transformación de la estructura de un estado en particular. Vista así, la revolución no es sinónimo de violencia y guerra, sino de transformaciones que pueden lograrse por diferentes vías ideológicas.

También es cierto que la elección de una vía pacífica no es simple. En la *Responsabilidad de los Intelectuales*, Noam Chomsky escribe parte de esta dificultad que podemos ver manifestada en la situación saharauí:

“Estamos preparados a vivir pacíficamente en nuestras –más bien extensas– habitaciones, y más naturalmente nos ofenden los ruidos indignos de los predios de la servidumbre. Si, digamos, un movimiento revolucionario de base campesina trata de lograr su independencia de los poderes extranjeros y de las estructuras domésticas que éstos apoyan... –si se niegan a ser cercados por los benignos y pacíficos ricos que controlan los territorios fronterizos por derecho natural– entonces, obviamente, debe responderse a esta beligerancia con una fuerza apropiada.” (p. 48).

Tener un enemigo / Tolerancia y solidaridad

Una tarde platicué con Alí Omar Buzaid, miembro de la Asociación de Familiares de Presos y Desaparecidos Saharuis (AFAPREDESA). Sus grandes ojos con pestañas tupidas semejaban a un camello quieto en el desierto, que no se inmuta con los pequeños gritos ni con la aparente pasividad del viento, sino observa y espera la carrera ardua cuando atiende un llamado. Hablaba de su historia, de sus hermanos y de su padre desaparecido en 1975. Alí llegó a AFAPREDESA “para saber algo de ellos, vivos o muertos”.

Al hablar bebimos té de la forma correcta: en grupo, porque beberlo solo no tiene sentido; con tranquilidad, para contemplar y escuchar; con carbón, para tener el control al calentar la tetera. Alí vaciaba el té de un vaso a otro, para que abundara la espuma y pudiéramos dar un suave golpe en el vaso como señal de habernos satisfecho por su buena preparación. Bebimos tres vasos: El primero



Mural en la entrada de AFAPREDESA que representa a los desaparecidos saharuis desvanecidos en su bandera, en espera para volver a su territorio.

muy cargado, para que supiera amargo, como la vida; el segundo más dulce, como el amor; el tercero ligero y suave, como la muerte. Bebimos té, para iniciar una cohesión y para informarnos sobre nuestros mundos.

Pregunté a Alí por qué los saharauis han optado por una vía pacífica para resolver el conflicto después de que la guerra ya había iniciado. Mi pregunta no iba en el sentido político, sino en la creencia de Alí sobre la vida, sustentada en El Corán. La decisión por la vía pacífica, dice Alí, se debe a la libertad que, en sus palabras, “es respetar a todos los seres humanos, cualquiera que sea su raza, su religión, su color y cualquiera que sea su opinión política”. Es una noción de libertad que implica la responsabilidad social y existencialista que propone Jean Paul Sartre. También se asemeja a la noción de responsabilidad que observé en los pobladores mayas de Kiní, Yucatán, hace dos años. Ahí, la libertad es, por un lado, el permiso de hacer y decidir la propia voluntad pero, al mismo tiempo, es permitir y dejar que otros decidan y hagan. La libertad es una interdependencia con el otro, como lo indica el psiquiatra social Erik Fromm en su obra *El Miedo a la Libertad*. Quizá los saharauis perdieron el miedo a la interdependencia con su enemigo. La guerra y los 36 años de espera se han encargado de desvanecerlo y, a la vez, de fortalecer su relación. Como dice Alí:

“Los saharauis eligen la vía pacífica, primero porque han vivido mucho la guerra, tienen hermanos en malas condiciones, hermanos torturados. Vivimos como cualquier persona lo hace, queremos que toda la gente viva en paz... es eso.”

El respeto a la vida que acompaña la libertad, según Alí, proviene “de su vida en el desierto... el espacio libre que es la mayor libertad de cualquier ser humano”. De acuerdo con Alejandro García (2010), después del censo levantado por España en 1974, los saharauis se encontraban dispersos y esa dispersión los convertía en autosuficientes antes de la aparición de estructuras políticas centralizadas. Para ellos, nómadas, la centralización implicaba el rompimiento a su independencia, a su libertad alérgica a las jerarquías centralizadas. La liber-

tad en el espacio del desierto lleva implícita el movimiento, como indica el etnólogo francés Philippe Frey (2006). Quizá por eso es tan anhelada por los saharauis originalmente nómadas, que ahora viven sedentarios en una libertad nostálgica.

Bajo estas circunstancias, es difícil pensar que los saharauis no se apropien de una noción de enemigo hacia marruecos, la cual convive junto con un anhelo de paz. A esto, Malainin indica que:

“los saharauis no somos ángeles, tenemos nuestros déficit... pero hay algo en las reglas de nuestra cultura, hemos sido nómadas. Si vas adentro del desierto y ves una tienda, ellos comparten comida, confort, están felices de recibirte, es parte de nuestra cultura. El extranjero no es nuestro enemigo, el extranjero es fuente de información, es una distracción... Aun si hubiera un enemigo, en nuestra tradición no le preguntamos quién es, primero lo recibes, es un deber hospitalario.”

La cultura hospitalaria y fraternal saharauí hace que los extranjeros nos sintamos acogidos al llegar al Sahara Occidental y al dormir en las *jaimas*. Es una cultura en la cual la otredad se basa en la cooperación y en la adaptación que puede permear la tolerancia y el entendimiento para derrumbar la imagen de enemigo que los diversos noticieros occidentales han hecho de lo árabe y de lo musulmán. La coordinadora del Essalam English Center en los campamentos lo dice bien cuando comunicó la razón de que ella y su familia estuvieran aquí:

“Para poder explicar a otra gente la situación, cómo es la vida aquí, en los campamentos. Es el deseo que los otros países puedan ayudar, que los otros gobiernos puedan ayudar de un modo para que ellos [los saharauis] puedan volver a su país. Pensamos que lo que hacemos es una forma en que podemos... ayudar un poco, dar ánimo... y luego, cuando volvemos a América, hablamos con nuestros vecinos, nuestros familiares, iglesias, escuelas. Además, para entender más de las personas musulmanas, porque en nuestra televisión siempre se dice lo

malo, los ataques, entonces mucha gente tiene miedo. Al vivir aquí, contentos, las familias abren sus casas y somos parte de la familia y entonces podemos entender que cualquier persona tiene el derecho de adorar a Dios a su modo, que también son gente de paz...”

En nuestro cerebro, el desconocimiento provoca miedo. Miedo a una situación de la cual ignoramos un posible daño. En el año 2000, Elizabeth Phelps y su grupo observaron, mediante resonancia magnética funcional, que la amígdala, esa pequeña región cerebral que desencadena nuestras emociones, se activa cuando personas racistas observan fotografías de afroamericanos que no conocen; pero su actividad se atenúa cuando los rostros son de gente conocida con quienes mantienen lazos afectivos. En efecto, el desconocimiento provoca miedo, un consecuente ataque y la construcción del odio. Pero, al igual que los participantes del experimento de Phelps, al conocer al otro, al “enemigo”, el miedo y el odio se atenúan. El otro se tolera y se comprende.

La tolerancia y la solidaridad surgen del conocimiento del otro, de su contacto y de la empatía. El Centro Dominicano-Saharai es ejemplo de ello. Es una escuela de arte, una iniciativa creada por jóvenes dominicanos que visitaron los campamentos de refugiados y, desde hace tres años, decidieron volver para enseñar pintura, fútbol y español. Las jóvenes que asisten aprenden a pintar y venden sus cuadros para obtener un ingreso económico, o bien, son contratadas para dar clases a nuevas generaciones. Mary Seima, profesora voluntaria de la escuela, menciona claramente el motivo empático de su trabajo: “Porque ellos necesitan ayuda y nosotros nos identificamos, nos llega al corazón.”

Autoritarismo / Democracia participativa y Secreto / Libre información

Sobre la labor de la Media Luna Roja, Bohobeini Yahia dice que:

“Somos una asociación humanitaria, aunque en la situación de los saharauis es difícil separar lo humanitario de lo político... Somos conscientes de que la solución a este problema es una solución política. Pero tenemos el derecho, como organización... de buscar la forma de responder a las necesidades humanitarias.”

Las organizaciones no gubernamentales son un elemento fundamental para el desarrollo de una verdadera cultura de paz que considere las necesidades de sus miembros y enfrente problemas que el Estado u otras instancias políticas no pueden atender. Este hecho, es particularmente visible en las acciones de la Media Luna Roja en el Sahara Occidental, en donde, según Bohobeini, el 50% de las mujeres embarazadas padece anemia y el 30% de los niños desnutrición, debido



Atención dental en los campamentos. La ayuda humanitaria y la política educativa saharauí han permitido la formación de recursos humanos para mantener la salud en los campamentos. Algunos perciben, sin embargo, que el humanitarismo prolongado parece contribuir a extender el conflicto.

a que la ayuda humanitaria en alimentos es viable a corto pero no a largo plazo. No se puede sostener adecuadamente la nutrición de una población durante 36 años a base de cereales y leguminosas. Quizás a esto se refería Bohobeini cuando decía que aceptar la ayuda humanitaria en los campamentos saharauis fue difícil, porque implicaba extender su situación y ese no es el objetivo político del Frente Polisario de Liberación.

Las iniciativas no gubernamentales en los campamentos han contribuido y motivado diversas acciones con el apoyo del Estado. Por ejemplo, la Unión de Estudiantes Saharauis intenta sensibilizar a los estudiantes nacionales y extranjeros para que jueguen un papel decisivo en la liberación del Sahara Occidental. Otro ejemplo es la Brigada Sumud, formada originalmente por un grupo de menos de diez jóvenes voluntarios que tenían el objetivo de ayudar a la gente en sus necesidades cotidianas en los campamentos, a las mujeres cuyo marido estaba fuera del país o había muerto, a sus compañeros en sus labores escolares, a la limpieza de los campamentos o a organizar actividades deportivas. Ahora, en 2011, esta brigada agrupa a 47 voluntarios liderados por dos jóvenes de actitud fuerte, mirada penetrante y directa, sin miedo y sin vergüenza a su situación y sus labores. Su símbolo es una palmera, planta que resiste y crece en el “sumud”, el terreno pedregoso del desierto sahariano. Al mismo tiempo, la palmera cobija y da sombra al viajero.

Figura 2. Símbolo de la Brigada Sumud.



Es cierto, en el Sahara Occidental lo humanitario es político. La acción humanitaria entendida en su sentido más básico, atender las necesidades humanas, se convierte en un asunto político mediante la coordinación y la participación de los miembros de la sociedad para una causa: la liberación. En este sentido, lo humanitario y lo político se nutren de dos emociones morales: la indignación y la compasión. La primera, una ira desencadenada por la injusticia pero canalizada a acciones pro-sociales. La segunda, una empatía por el sufrimiento ajeno que motiva su alivio (Mercadillo, Díaz & Barrios, 2007). Sentimos indignación y/o compasión mediante la función de regiones límbicas y mesencefálicas de nuestro cerebro, es decir, de regiones cerebrales antiguas que compartimos con otros mamíferos y que regulan las emociones, la agresión y el sexo. Al mismo tiempo, la función cerebral mamífera se acompaña de la función de la corteza prefrontal, que permite racionalizar nuestros sentimientos, pensar en el valor moral que percibimos transgredido y decidir acciones para



La indignación y la lucha saharai por la liberación y la autodeterminación.

restablecerlo (Mercadillo & Arias, 2010). En la ayuda humanitaria, la moralidad se sustenta en emociones compartidas con otros, pero el pueblo indignado se transforma en una vertiente activa con participación en la vida política.

La democracia participativa es, además de una contraparte al gobierno autoritario, un medio para combatir otro elemento de la cultura de guerra: el secreto y el control de la información. Malainin lo dice claro:

“Todos los medios internacionales sin excepción, están, por un lado, en este sistema internacional que criticamos... que hace que veamos lo que el gobierno quiere que veamos y reporta sólo lo que el gobierno acepta que se reporte... y eso enfoca a la opinión internacional. Todos saben de lo peligroso de Terán, pero nadie sabe sobre Estados Unidos o Israel... lo que realmente se necesita para que la gente cambie el mundo son más vínculos. Los medios no nos ayudan a enviar el mensaje. Los medios sirven al sistema ahora. Pero la gente tiene ahora la posibilidad de crear nuevas redes, especialmente en Internet, para llegar los unos a otros y crear nuevas fuerzas para cambiar este sistema internacional... el sistema está en una crisis real, en una crisis ética, una crisis de civilización que requiere ser revisada. Las acciones en cada lugar deben vincularse... todos vemos el mismo peligro... las violaciones a los derechos humanos...”

Explotación de la gente / Derechos humanos

Quizás el aspecto más violento en el Sahara Occidental se vincula a los derechos humanos. Una circunstancia que lo evidencia es el Centro de Víctimas de Minas y Guerra, fundado en 1978 y lugar de atención para más de 150 pacientes amputados o lesionados en guerra o a causa de explosiones de minas terrestres. Saleh Ramdam, de 56 años, es uno de ellos. Al entrar a su habitación estaba tendido en el suelo, vestido con un abrigo negro y con su bastón junto a él, justo en donde

se encontraría su pierna derecha. Lo acompañaba su esposa, con turbante azul y melfa en tonos azules y blancos. Bebimos té y café en lo que ahora es su hogar, una habitación de 8 x 8 metros en el hospital, con cortinas rojas y tapetes azules y sepías y una pequeña cocina en la esquina, en donde su esposa prepara el pan. Es ahí donde contó su historia. Saleh fue herido durante un enfrentamiento contra el ejército marroquí, cuando él tenía 27 años. Un día de 1987, después de perder el conocimiento, despertó debido a la falta de aire. Notó que estaba en la cárcel, sin una pierna, con un pan como comida, sin mangas, con humedad y frío: “En el invierno era insoportable, en el verano peor todavía.” Fue liberado en 1996, por intermediación de la Cruz Roja Internacional. Al hablar sobre lo que considera el más profundo anhelo saharauí, Saleh dijo:

“Hacer un llamamiento personal al mundo como preso de guerra... todo el pueblo saharauí está viviendo una agresión



Saleh Ramdam, su esposa y Fernanda Torres en su habitación en el Centro de Víctimas de Minas y Guerra.

Mirada 20. Cultura de guerra y cultura de paz en los campamentos saharauis...

y espero que todo el mundo no esté viéndolo de otra forma... Espero que el mundo abra sus ojos y vaya a los territorios ocupados para ver la situación que vive el pueblo saharauí... Que vean y que nieguen si este pueblo tiene derecho a su autodeterminación o no.”

El Centro de Víctimas de Minas y Guerra es un ejemplo de la forma en que los derechos humanos y su transgresión se evidencian a través del sufrimiento ajeno, con el cual empatizamos y del cual surge, precisamente, la Carta de Derechos Humanos como respuesta a la Segunda Guerra Mundial. Pero, si bien este documento expone ideales, aún se requieren acciones y desarrollos políticos genuinamente empáticos y compasivos. Como afirma Malainin

“La ley internacional y los acuerdos son hermosos,... principios, leyes, artículos. Pero el verdadero problema... es cómo se implementa esto y por qué se ha implementado en Bosnia y ha intervenido la fuerza de la ONU, y por qué no se ha intervenido en los saharauis.”

Esta pregunta es crucial y se plantea en un estado de incongruencia. Una incongruencia entre lo plasmado en el documento y los intereses históricos y económicos que moldean nuestro conocimiento del Sahara Occidental a partir de información restringida y seleccionada.

Es cierto, hacen falta acciones políticas. La importancia de los documentos, sin embargo, radican en un primer paso para asimilar una ideología e integrarla a nuestro sistema de creencias y de decisiones. Estoy de acuerdo con Malainin cuando menciona que, desde su civilización, la credibilidad del mundo occidental está realmente rota. Es confuso saber, por ejemplo, que gobiernos como Francia o Estados Unidos, arduos defensores de los derechos humanos y de la igualdad, no reconozcan, hasta ahora, el derecho del Estado saharauí. En esta posición, pareciera que los derechos humanos se respaldan en el poder, en intereses económicos o en el control de información, esto es, en una visión ajena al concepto de persona y de humano plasmada en la Carta de Derechos Humanos.

Esta incongruencia implica un trasfondo muy amplio que no sólo toca a la situación saharauí. En palabras de Malainin:

“El problema del orden internacional, el sistema internacional, es muy simple. Tenemos gente que es explotada por regímenes que son muy buenos para escribir principios y leyes para regular las cosas entre ellos. Escriben sus derechos en caso de que alguien quiera romperlos... los derechos humanos suenan bien, pero lo que yo veo es que el consejo en Ginebra se forma de blancos y cuando digo blancos me refiero al Occidente. Y ni siquiera todo el Occidente... aun en Occidente hay muchas etnias marginadas. ¿Qué pasa, por ejemplo, con los indios latinoamericanos, o en Australia, en Estados Unidos, incluso en



El Caballo de Troya Saharaui. Escultura de restos materiales del conflicto realizada por artistas provenientes de varias partes del mundo. La escultura se sitúa en la cercanía al muro que divide el territorio del Sahara liberado y el ocupado por Marruecos. Sobresale la premisa de Benito Juárez en español, inglés, francés y árabe: “Entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.”

Mirada 20. Cultura de guerra y cultura de paz en los campamentos saharauis...

Suecia? Ahora es un problema de civilización... una crisis. El Occidente está cayendo porque no sigue los principios que alguna vez crearon... la democracia.”

Explotación del ambiente / Desarrollo sostenible

Mientras nos dirigíamos a la wilaya de Smara al mediodía, miré los cientos de contenedores de metal que han transportado la ayuda humanitaria a los campamentos durante tres décadas. Ahora, apilados como cajas gigantes de zapatos de diferentes colores, forman parte del paisaje y contrastan con los nueve tonos de sepia de la arena que aún no logro distinguir. Mientras conducía la camioneta, Sidi, al igual que muchos otros saharauis, se guiaba por caminos que no tienen asfalto y cuyas diversas vertientes marcadas por el paso de las llantas confunden a cualquier recién llegado. En estos caminos sobresalen torres con decenas de cables que llevan electricidad a los campamentos. Pareciera que las torres, los contenedores y la basura amenazan el paisaje. Experimenté una especie de confusión mental causada por el contraste entre el horizonte en la arena y la permanencia de cables, contenedores y basura que, como han mostrado Joel Martínez-Soto y sus colegas (2012), rompe un estado de atención involuntaria en nuestro cerebro y provoca fatiga mental, como si el paisaje urbano al cual nos hemos familiarizado desde la revolución industrial transgrediera una tendencia natural a la contemplación del horizonte, heredada de nuestro pasado movable y nómada durante nuestra naciente hominización.

Dice Alejandro García (2010) que en 1975, con la introducción de plantas hidroeléctricas, de industrias como Fosbucraa para la extracción de fosfato, de abasto y la potabilización de agua a El Aaiún y la construcción de viviendas, el estilo de vida nómada centenario de los saharauis estaba llegando a su fin para insertarse a un estilo urbano y sedentario, en donde la pobreza y la escasez que tenían los nómadas no podían resistir al confort urbano. En la sociedad saharai, al igual que en la mayoría de las sociedades actuales, coexiste un estilo de vida tradicional con modelos culturales que el psicólogo y ecologista

Jorge Salcedo (2012) denomina como la humanidad social-antinatural, caracterizada por un desarrollo excesivamente dependiente de la explotación de recursos y uso de bienes materiales. En este aspecto, Malainin se hace una pregunta sencilla, pero que muchos de nosotros tenemos en la cabeza:

“¿Qué es desarrollo?, ¿qué significa?, ¿significa construcciones?, ¿cosas en tu casa que no usas?, ¿tener casas de uno o dos millones de dólares?, ¿tener seis o cinco carros? La gente aquí no tiene nada. Tienen dos dólares al día y son felices.”



El saharauí sobre su camello representa una cultura nómada que aún persiste en la dinámica cultural saharauí que favorece el tránsito en el desierto y un estilo de vida respetuoso y dependiente de un ecosistema frágil.

Ignoro si los habitantes de los campamentos son felices tanto como ignoro una definición certera de felicidad. Sin embargo, al pensar en las preguntas de Malainin recordé a los niños corriendo y jugando en la arena sin nada más que sus cuerpos, al igual que recordé el fuerte deseo de algunos de ellos por tener una laptop, videojuegos y ver la televisión. El concepto de felicidad es confuso. Sus manifestaciones y deseos son paradójicos. Pero es claro que existe una noción de consumo imbuída en nuestra noción actual de felicidad y desarrollo, a la cual Salcedo (2010) considera como una especie de contaminante, de producto no renovable ajeno a la naturaleza y falso dictador de las necesidades humanas. De forma similar, José Saramago plantea el problema en el slogan del centro comercial que protagoniza su novela *La Caverna: no nos esforzamos por tener lo que necesita, preferimos hacerle necesitar lo que tenemos*.

Responder cómo debería ser el desarrollo acorde a un adecuado manejo de los recursos naturales y sociales, es un tema muy complejo. Desde su visión saharai, Malainin propone que el desarrollo implica “invertir en la gente, invertir, en la cultura, en promover el pensamiento humano... es lo que realmente se necesita... la agresividad y la violencia es posible porque hay gente ignorante, la mayoría del mundo”. En efecto, la explotación del ambiente se ha acompañado de la explotación de la gente. Quizá se debe a que no nos concebimos como parte del ambiente y mucho menos como parte de un grupo dentro de un ambiente.

Visto así, el problema no es sólo la industria. La guerra y la violencia también juegan parte en ello. Ahmed Sidi Alí, director de Action on Armed Violence (AOAV) en el Sahara Occidental, indica que esta asociación se dedicaba, originalmente, a extraer minas explosivas de la tierra. Ahora, tras algunos años de trabajo, decidió capacitar a la gente en estrategias para la paz, porque una vez que un fragmento del territorio se encuentra limpio de minas, la gente usa la tierra para pastoreo y vuelve a ser un medio de vida. Hasta ahora, AOAV (2011) ha limpiado 17 millones de metros cuadrados de tierra, ha desactivado dos mil bombas sin explotar y diez mil municiones de racimo. Pero no es suficiente. La participación de la gente se vuelve imprescindible para restablecer una forma de vida que se había perdido por



Aviso público de la Asociación Landmine Action, para prevenir la explotación de minas de tierra todavía situadas en el Sahara Occidental.

el temor a una explosión. La cultura de paz, entonces, involucra una forma de relación individuo-ambiente, en la cual el ambiente sea un medio unido a nuestra salud, bienestar y estilo de vida, no sólo a la obtención de recursos.

En la cultura de guerra, la explotación del ambiente y de la gente forma un binomio en donde la transgresión a los derechos humanos es consecuente con la percepción de injusticia política y económica. Por ejemplo, Erik Hagen (2010) escribe que en 1968 la industria de fosfatos en Bu Craa albergaba a mil 600 trabajadores saharauis, ahora sólo son 200. A eso hay que añadir que en 2008 Marruecos recaudó alrededor de 1.7 billones de dólares desde que abrió esa industria, lo equiparable a diez mil dólares por cada saharauí que está en los campamentos. El problema, explica Hagen, es que ni los importadores ni las firmas de los Estados Unidos que dicen estar en línea con el derecho internacional, pretenden hacer un análisis legal. Queda en duda, entonces, cómo llegaron a la conclusión de que la industria

del fosfato beneficia a los saharauis. Esta situación lleva a pensar que los recursos naturales deben ser parte de la política de liberación saharauí. Su autodeterminación política debe acompañarse de los recursos y su administración. De hecho, sugiere Carlos Ruiz (2011), la explotación de los recursos en el Sahara Occidental, como el fosfato o la pesca, ha sido el mayor obstáculo para la liberación del país y la causa de violaciones a los derechos humanos.

Dominación masculina / Equidad entre hombres y mujeres

Cuando pregunté a Alí sobre la participación de la mujer en la vida política del Sahara me mencionó que era mucha, pero que

“el problema de las mujeres en todo el mundo es que no tienen confianza en ellas mismas. Por ejemplo, la mayoría de las que votan en las dayras (barrios) son mujeres, pero eligen a los hombres.”

Lo que mencionó Alí no me fue ajeno, como creo que le sucederá a muchos de los lectores. Quizá se deba a la posición masculina de Alí y a la mía propia, o quizá se deba a que aún estamos procesando la lucha por la equidad género desde la primera ola de feminismo moderno a principios del siglo XX. El punto es que esta visión contrasta y complementa la percepción que tienen las mujeres saharauis sobre su acción social y su vida.

El 23 de noviembre Fernanda y yo visitamos la Asociación de Mujeres en los campamentos. Al llegar, nos situamos en una gran sala con cojines en tonos rosas, morados y lilas. Ambos nos sentamos en un sillón, junto a una traductora, justo en el extremo opuesto donde se encontraban sentadas seis de las mujeres voluntarias de la asociación. Nos dividía una mesa con flores artificiales, también de tonos morados y rosas. El obstáculo visual a causa de los floreros era mucho más superable que la barrera actitudinal de las mujeres que impedía iniciar un diálogo espontáneo. La Asociación de Mujeres en

los campamentos trabaja, como ellas mismas indican, por la mujeres. Surgió en 1998 cuando se dieron cuenta que era fundamental trabajar por y para ellas mismas. Con una sonrisa en los labios, la coordinadora dijo:

“aquí la constante es la mujer, para hacer las cosas bien... para que se muestre lo que las mujeres han hecho... Aquí trabaja más la mujer que el hombre... la mujer trabaja en la jaima y él [el hombre] se va fuera... no es como nosotras que trabajamos en casa, hacemos la comida y cuando vienen las visitas las acogemos.”

La división sexual laboral es característica de muchos países, árabes y occidentales e inició en los primeros asentamientos sedentarios de la historia humana (Borges, 2006). Sin embargo, la exclusión de la mujer y de lo femenino, se reforzó en el periodo neolítico, a partir de la dominancia masculina en la guerra, en la religión y en el manejo de los recursos (Adams, 2008). La inclusión de género en nuestro mundo actual está en transición, despegándose poco a poco de la cultura neolítica. Esta situación es evidente en las mujeres saharauis. Sus cambios y transiciones, dentro de una cultura árabe en conflicto, son más notorios. La traductora subrayó: “*Sí, somos diferentes. En los campamentos todo es difícil de hacer. Tenemos que hacer muchas cosas para estar preparadas, para liberar a este pueblo.*” A diferencia de otros países, la identidad de la mujer saharai parece estar vinculada a la lucha y a la liberación de su pueblo. No es una lucha militante por el feminismo en sí mismo, más común en países occidentales. Es una lucha, codo a codo, en las trincheras compartidas con los hombres.

Al hablar sobre las diferencias entre las mujeres de su país y las mujeres de otras partes del mundo, la activista saharai por los Derechos Humanos, Fatimetu Zrug expuso:

“somos un país árabe-musulmán y podemos presumir que tenemos un derecho que muy pocas mujeres pueden gozar en el mundo, bien sean occidentales o árabes. La mujer saharai es

Mirada 20. Cultura de guerra y cultura de paz en los campamentos saharauis...

una mujer luchadora, su lucha comenzó desde la clandestinidad, incluso, tiene 30 años restados por alcanzar sus metas. Es una mujer firme que supo compaginar lo que es la vida cotidiana con su papel político.” (Unión de Jóvenes de Saguia El Hamra y Río de Oro, 2007).

La identidad de la mujer saharauí con la lucha de su pueblo se entiende al escuchar su historia. En Tifariti bebí té en la *jaima* del alcalde,



Una de las pinturas públicas que expone el trabajo por la equidad de género en los campamentos saharauis y en la lucha por la liberación.

junto con otros mexicanos. Mientras conversábamos, su esposa nos habló de la participación de la mujer en los inicios del conflicto y la migración a los campamentos.

“La mujer trabajó mucho. Se responsabilizó de criar a la nueva generación. Dirigía las cuestiones de la salud, cuidaba a los que estaban en la guardería y en la escuela. Trabajó también con sus propias manos construyendo casas. Por la noche tenía su puesto de guardia con su fusil, en tiempos de la guerra.”

Quizá por eso Alí dice que el respeto a la mujer saharai surge de la vida en el desierto, porque “es la que manda en la seguridad saharai, en la familia y es un ser humano pacífico”. Es posible que a varios lectores les parezca incongruente considerar a la mujer saharai como pacífica después de conocer su participación en la guerra. Esta aparente incongruencia se disipa un poco al saber el significado de paz dicho por las voluntarias de la Asociación de Mujeres de forma simple: “*Sahara libre*.” Es una noción difícil y fácil de entender. Su noción de paz es la lucha por la libertad, el derecho más fundamental que cualquier humano puede acceder.

La participación de la mujer saharai en la vida cotidiana de los campamentos es tan evidente, que a simple vista pareciera que su empoderamiento obtenido tras el conflicto es poco. Pero ha sido su inserción en la lucha precisamente, lo que le ha brindado un mayor poder político y presencia social. Esto pareciera simple, pero es muy destacable, considerando que para la cultura tradicional nómada en el Sahara Occidental, hasta hace apenas 50 años, la muerte de un hombre valía cien camellos y la de la mujer cincuenta, igual que la de un esclavo negro (García, 2010).

En la sala de la Asociación de Mujeres había un cartel que anunciaba la Década de la Mujer Africana, iniciada en 2010. En este contexto, son dos los binomios de necesidades manifestadas por las saharais-africanas: territorio y libertad, territorio e igualdad. Las frases que dan color a las paredes de la asociación también marcan estas necesidades:

Mirada 20. Cultura de guerra y cultura de paz en los campamentos saharauis...

“Sin las mujeres, la democracia no existe.” “Luchando por un estado embellecido por estrellas de libertad.” “Mujeres en lucha, en rebeldía y en resistencia por una vida digna.” “Si la solidaridad es la ternura de los pueblos, ternura y solidaridad para las mujeres.”

Al salir de la Asociación de Mujeres recordé que en ese mismo año, en 2011, nuestro grupo de trabajo en el Instituto de Neurobiología de la UNAM publicó un artículo en el cual observamos diferencias



Artesana saharauí. El papel de la mujer en la economía y la vida laboral en los campamentos se fomenta mediante la hechura de artesanías que exponen su cultura y favorecen el intercambio con los visitantes.

de género en la actividad cerebral al momento de sentir compasión y decidir ayudar a otros. Las mujeres manifestaron una actividad cerebral más diversa y enriquecida, coherente con experiencias empáticas y emociones. La actividad cerebral de los hombres se focalizó en la corteza orbitofrontal, lo cual es coherente con la noción de empatía moral que se ha atribuido a los hombres, es decir, a ayudar al otro por un deber moral. Lo curioso es que, aun con las diferencias en la actividad cerebral, tanto hombres como mujeres indicaron una experiencia de compasión similar, en forma e intensidad (Mercadillo, Díaz, Pasaye, & Barrios, 2011). En efecto, hombres y mujeres somos diferentes en la manera en que nuestro cerebro procesa la compasión, pero esas diferencias no restringen nuestra participación social respecto al otro. Ambos géneros podemos adquirir el mismo compromiso como respuesta a la necesidad de uno mismo y de nuestros congéneres. Al observar las acciones de la Asociación de Mujeres saharauis, de la Brigada Sumud y de la Media Luna Roja en los campamentos, pude confirmar esta idea. La igualdad entre géneros es, esencialmente, una cuestión tanto individual como política.

*El final utopístico o
“El camino es largo pero conduce a la esperanza”*

En la última parte de su entrevista, Malainin indica:

“Los saharauis quieren desarrollar algo nuevo... Tenemos que re-pensar el concepto de economía, de desarrollo y cómo vamos a invertir en lo humano. Mantener nuestra cultura, recursos y causa: la causa de compartir, de coexistir... Tal vez el comunismo no es necesario aquí ni el socialismo, ni el liberalismo... necesitamos crear nosotros mismos nuestras doctrinas políticas basados en principios culturales propios, no sólo de Occidente.”

Un nuevo sistema de organización humana ha sido una ardua búsqueda con ideologías que van desde las utopías católica, de Tomás Moro,

y conductista, de B. F. Skinner, plasmada en su obra *Walden dos*, la igualdad de la Revolución Francesa o el agrarismo de la Revolución Mexicana, hasta el socialismo de Karl Marx o la globalización actual. Estamos en una búsqueda constante de dinámicas sociales que permitan ajustar y enfrentar las diferentes realidades y problemas que la humanidad conoce. El Plan de Acción para una Cultura de Paz (United Nations, 1998) liderado por Federico Mayor desde la UNESCO es otra de las búsquedas; una búsqueda de alternativas para desarrollar una cultura diferente a la guerra y al dominio.

La alusión a la guerra es evidente en la cultura saharauí, caracterizada, como dice Philippe Frey (2006), por guerra, honor y depreciación que acompaña la vida nómada de los camelleros del desierto. La creación de los campamentos surgió de un conflicto bélico seguido de la noción del enemigo, del deseo de venganza y del deterioro al ambiente. Paradójicamente, son estas condiciones, aunadas a su historia cultural y a su estilo de vida en el desierto, las que evidencian la aplicación de premisas de una cultura de paz, no sólo en su política exterior, sino en sus actitudes personales: tolerancia, diálogo, respeto a los derechos humanos, equidad entre hombres y mujeres.

En efecto, en las circunstancias actuales del Sahara Occidental se muestra la dialéctica de la cultura de guerra y de la cultura de paz plasmada en la tabla de mi memoria al inicio de este ensayo. Esta dialéctica nos conduce a no intentar comprender las circunstancias saharauis de forma binaria y dicotómica. No sólo hay víctimas y transgresores, culpables o inocentes, justicia o injusticia, buenos o malos. La comprensión se asemeja más a una red neural caótica formada por las alrededor de cien mil millones de neuronas que tiene el cerebro humano. En esta misma analogía, la comprensión de la situación saharauí no es la delineación de circuitos cerebrales precisos para definir la forma en que sentimos, en que vemos o en que escuchamos. Es más bien la comprensión de una red de información en la cual cada neurona, al igual que cada individuo, mantiene miles de conexiones que intercambian información emocional, abstracta, corporal, conceptual y moral, la cual, al final, configuran su identidad y sus anhelos.



Jóvenes soldados saharauis. El ingreso al ejército es la opción más inmediata que tienen los jóvenes para contribuir a la liberación y para mantenerse activos en los campamentos. En los jóvenes coexiste un anhelo de paz y de libertad, junto con el compromiso a la lucha bélica.

Situada en nuestra red neuronal, la dialéctica de la cultura de guerra y de paz se convierte en probabilidades. Es decir, en intercambios de información múltiple, antigua y nueva, que posibilitan el desarrollo de una cultura diferente. Esta probabilidad hace que el optimismo saharai por la recuperación de su territorio se mantenga. No me refiero a un optimismo poco realista que ignora la historia y las consecuencias y se basa sólo en un anhelo personal. Me refiero a un optimismo que se sustenta en experiencias previas y en acciones congruentes con el objetivo que se desea alcanzar. Un optimismo que la neurobióloga británica Tali Sharot y sus colegas (2001) atribuyen a la función de la corteza prefrontal, a la región del cerebro que evalúa la moralidad, que da razón a nuestras emociones y que coordina la planeación a futuro. Este tipo de optimismo traduce los anhelos en acciones que pueden llevar, como diría Immanuel Wallerstein (2003), a la realidad

de la “utopística” independentista saharauí, a una construcción de realidades probables con “el ejercicio simultáneo en los ámbitos de la ciencia, política y moralidad” (p. 4).

Para mantener el optimismo saharauí, es fundamental notar que las experiencias, tras 36 años de lucha, son adversas y confusas. En este sentido, Alejandro García (2010) cita la conclusión a la que llegó Van Walsum en 1986, cuando fungía como representante de las Naciones Unidas para el caso saharauí:

“... el Polisario seguirá exigiendo un referéndum que plantee la opción independentista, Marruecos continuará rechazándolo y el Consejo de Seguridad seguirá insistiendo en alcanzar una solución consensada. Entre tanto, la comunidad internacional continuará acostumbrándose al *statu quo*.” (p. 89).

Las palabras de Van Walsum parecen certeras cuando se lee el informe S/2013/220 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas para el caso saharauí en 2013. En éste, el Secretario General vuelve a insistir en su llamamiento

“a las dos partes de establecer entre ellas un mecanismo militar conjunto para discutir de las violaciones del alto el fuego y de otras cosas de interés común. Conviene señalar que este llamamiento fue aceptado en su día por el Frente Polisario y rechazado por Marruecos.”

En efecto, el conflicto y el desacuerdo continúan. Pero Van Walsum se equivocó en algo. Erró en las probabilidades surgidas por el intercambio de una nueva información. La comunidad internacional, por lo menos lo que concierne a varios sectores de la población civil, está saliendo de la costumbre del *statu quo* saharauí. Participa en su transformación. Ejemplo de ello son los diversos proyectos en países aparentemente distantes: Voz del Sahara Occidental en Argentina, Asociación Mexicana de Amistad con la República Árabe *Saharauí* en México, o el Robert F. Kennedy Center for Justice and Human Right en los Estados Unidos, todos ellos divulgando la situación del



Poema sobre la paz escrito por un saharai anónimo en una pared abandonada en Tifariti.

Sahara y trabajando en pos de los derechos humanos. Los autores de este libro son también ejemplo de ello. Son ejemplo de que la conformidad pasiva y la obediencia absoluta a una jerarquía impuesta no forman parte de nuestra naturaleza psicológica, como propusieron Stanley Milgram y Philip Zimbardo en las décadas de 1960 y 1970. El ser humano no es naturalmente sometido. Más bien, su noción de autoridad genuina se basa en la identidad y en el derecho (Haslam & Reicher, 2012).

En esta naciente cultura de paz, la utopística saharai nos concierne a todos, habitantes del mundo. Somos los responsables de crear una nueva realidad, no basada solamente en ideales abstractos, sino

asentada en nuestra biología y en nuestra cognición. Esto es, en la forma en que como seres humanos elegimos la información adecuada y la percepción para crear una realidad en donde el otro sea, en términos cognitivos y emocionales, un igual a mí. Lo político, lo social, la lucha, la indignación, la compasión y la aparente indiferencia se asientan en nuestro cerebro mediante información que racional e intencionalmente podemos manejar y crear (Mercadillo, 2012).

En este párrafo final recuerdo la recomendación de mi colega Sadek: “Si vas al Sahara intenta ver desde otros ojos, desde sus ojos, no de los tuyos occidentales.” Ignoró el mecanismo cognitivo para acceder a la realidad de otro sin observarla desde mi propia visión. Difícilmente podría decir que logré cumplir totalmente la recomendación de Sadek. Sin embargo, el contagio de una utopística y de una responsabilidad saharauí ya no me es ajeno. Es posible que la liberación esté lejana y requiera todavía una ardua labor. La labor es mantener un ideal, que “el camino es largo, pero conduce a la esperanza”.



Tarjeta hecha por uno de los niños del Centro Smara, un centro de neuro-rehabilitación e integración social situado en los campamentos de refugiados.

Bibliografía

- Adams, David (2008). *The history of the culture of war*. Charleston, S. C.
- Adams, David (2009). *World peace through the town hall: A strategy for the global movement for a Culture of Peace*. Charleston, S. C.
- Bremer, Juan José (2012). *Tiempos de guerra y paz. Los pilares de la diplomacia: De Westfalia a San Francisco*. Taurus, México.
- Burges, Lucrecia (2006). “Diferencias mentales entre los sexos: Innato versus adquirido bajo un enfoque evolutivo”, en *Ludus Vitalis*, Vol. 14, No. 25, pp. 43-73.
- Chomsky, Noam (1969). *La responsabilidad de los Intelectuales*. (J. Promio, Trans.). Dalerna, Buenos Aires.
- Frey, Philippe (2006). *Idées reçues. Le desert*. Le Cavalier Blue, París.
- Fromm, Erich (2009/1947). *El miedo a la libertad*. Paidós, México.
- García, Alejandro (2010). *Historia del Sahara y su conflicto*. Catarata, Madrid.
- Hagen, Erik (2010). “The role of natural resources in the Western Sahara conflict, and the interests involved”, en *Al-Itihad, The Union. Journal of Sahrawi Journalist and Writers Union (UPES)*, Vol. 1, pp. 80-87.
- Haslam S., Alexander & Reicher Stephen, D. (2012). “Contesting the nature of conformity: what Milgram and Zimbardo’s studies really show”, *PLoS Biology*, Vol. 10, No. 11, pp. e1001426.
- Martínez-Soto, Joel; González-Santos, Leopoldo; Pasaye, Erik & Barrios, Fernando (2012). “Exploration of neural correlates of restorative environment exposure through fMRI”. Presentado en *The Academy of neuroscience for architecture annual conference*, La Jolla, Salk Institute, CA, EE.UU.
- Mercadillo, Roberto E. (2012). “¿Todo es reducible a la ciencia? ciencia y paz/cerebro y cultura” en *Ludus Vitalis*, Vol. 20, No. 38, pp. 67-98.
- Mercadillo, Roberto E. & Arias Nayelly (2010). “Violence and compassion: a bioethical insight into their cognitive bases and social manifestations”, en *International Social Science Journal*, Vol. 61, No. 200-201, pp. 221-232.
- Mercadillo, Roberto E.; Díaz, José Luis & Barrios, Fernando A. (2007). “Neurobiología de las emociones morales”, en *Salud Mental*, Vol. 30, No. 3, pp. 1-11.

- Mercadillo, Roberto E.; Díaz, José Luis; Pasaye, Erik H. & Barrios, Fernando A. (2011). "Perception of suffering and compassion experience: Brain gender disparities", en *Brain and cognition*, Vol. 76, No. 1, pp. 5-14.
- United Nations (1998). *Consolidated report containing a draft declaration and programme of action on a culture of peace* [Electronic Version]. Retrieved Document A/53/370. Disponible en <http://www.culture-of-peace.info/annexes/resA-53370/coverpage.html>
- Nelson Randy, J. & Trainor, Brian C. (2007). "Neural mechanisms of aggression", en *Nature Reviews Neuroscience*, Vol. 8, No. 7, pp. 536-546.
- Unión de Jóvenes de Saguia, El Hamra y Río de Oro (2007). "Venezuela-Sahara", en *Revista de la UJSARIO*, Vol. 4, pp. 22-24.
- Padrón, Conchibel (1990). "Especificidad del Sahara Occidental en el marco magrebí", en *Estudios Africanos*, Vol. 5, No. 8-9, pp. 129-137.
- Pagani, Camilla & Ramírez, Jesús M. (2011) *XXXI CICA. Violence is not biologically determined. The Seville Statement on Violence twenty-five years later*. Istituto di Scienze e Tecnologie della Cognizione, Roma.
- Phelps, Elizabeth A.; O' Connor Kevin J.; Cunningham, William A.; Funayama, E. Sumie; Gatenby J., Christopher; Gore, John C. & Banaji, Mahzarin (2000). "Performance on indirect measures of race evaluation predicts amygdale activation", en *Journal of Cognitive Neuroscience*, Vol. 12, No. 5, pp. 729-738.
- Ruiz, Carlos (2011). "The rights to self-determination and the natural resources of Western Sahara", en *Al-Itihad The Union. Journal of Sahrawi Journalist and Writers Union (UPES)*, Vol. 2, pp. 95-102.
- Salcedo, Jorge (2012). *El humano social-antinatural. Los antisistemas e instituciones sociales*. Plaza y Valdés, México.
- Sharot, Tali; Korn, Christoph W. & Dolan, Raymind J. (2011). "How unrealistic optimism is maintained in the face of reality", en *Nature Neuroscience*, Vol. 14, No. 11, pp. 1475-1479.
- Singer, Tania; Seymour, Ben; O' Doherty, John P.; Stephan Klass, E.; Dolan Raymond, J. & Frith Chris, D. (2006). "Empathic neural responses are modulated by the perceived fairness of others", en *Nature*, Vol. 439, No. 7075, pp. 466-469.
- Action on Armed Violence (2011) *Making life safer for the people of Western Sahara*. London. Disponible en www.aoav.org.uk
- Wallerstein, Immanuele (2003) *Utopística* (A. Hierro, Trans. 2a. Ed.). Siglo XXI-UNAM, México.